



¿Quién soy yo para...?

Pues sí. ¿Quién soy yo para juzgar a nadie? Hace tiempo que he dejado de juzgar y criticar a las personas. Ya en mis carreras, cuando corría largas distancias y en ellas teníamos largas conversaciones, había tres premisas autoimpuestas por mis compañeros runners: no criticar a nadie, no hablar de política ni tampoco de fútbol.

Mi trabajo como docente me ha enseñado, que detrás de cada niño hay unas circunstancias y cuando el niño no “va bien”, las circunstancias seguro que son un poco más difíciles. Muchos de esos niños, si hubieran nacido en otras familias habrían cambiado bastante la película de su vida.

He estado en muchas entrevistas con padres, donde estos lloraban de impotencia, de rabia, y de no saber qué hacer, por ello he dejado de culpar a los padres de la educación de sus hijos. Sí, lo sé, son los responsables, pero antes de emitir un juicio, deberíamos saber, el ambiente familiar en el que se vive. Después de haber visto niños que viven sin electricidad, niños que no hacen tres comidas la día, niños que aguantan las impertinencias de las nuevas parejas de sus padres, madres que levantan a los niños a las 7 de la mañana para repasar, pues es la hora que ellas llegan de trabajar, niños con capacidades limitadas que los padres ven como oportunidades perdidas para su vida, niños que traen las manos

heladas cuando viene de su casa, niños que envuelven su humilde bocado con la ficha que se llevaron el día anterior, ... Después de esto he dejado de juzgar.

Todos estamos buscando lo mismo, la felicidad, y con coordenadas parecidas: amor, reconocimiento. Los caminos y escaleras que usamos son diferentes, en ocasiones por que la realidad esta distorsionada. Las películas nos dicen que el dinero es el camino, luego los famosos nos recuerdan que ellos lo tiene y no lo son.

Todos buscamos lo mismo; unos con una carcasa de belleza, otros con un cuerpo más tullido; unos engalanados en caras telas, otros con unos simples harapos, pero buscamos lo mismo. Y la vida nos va recordando que somos iguales. Volviendo a mis carreras: en pantalón corto, todos éramos iguales, y todos sufríamos igual, independientemente de la posición social, el dinero o los estudios, el ma-

ratón nos igualaba y nos ponía a cada uno en su sitio.

Lo mismo pasa con la enfermedad o la muerte, nos va a igualar a todos.

En ocasiones, observo que la gente juzga el presente de las personas, por el pasado de cada cual, “Claro, se lo merece, con lo que ha bebido” (yo pienso que el sufrimiento no se lo merece nadie), “Con la vida que ha llevado su padre, no me extraña” (pero qué culpa tienen los hijos de sus padres, si solo son las consecuencias de ellos).

Creo que la sensibilidad por el sufrimiento ajeno es una virtud a potenciar, nos hace más humanos, nos une.

Y como decía Bo Lozoff : “La vida son anillos de alegría y tristeza y todos entrelazados”.

Cuando tratas con personas que han sufrido mucho, la mirada de la vida cambia, al menos la mía, y te haces más comprensivo, más sensible.

LO FÁCIL

Fácil es juzgar los errores de los otros, difícil es reconocer los propios.

Fácil es hablar sin pensar, difícil es pensar antes de hablar.

Fácil es herir a quien nos ama, difícil es curar la herida.

Fácil es prometer y lo difícil es cumplirlo.

Fácil es dictar reglas, lo difícil es seguirlas.

Fácil es decir te amo, lo difícil es demostrarlo cada día.

Fácil es criticar a los demás, difícil es mejor uno mismo.

Fácil es llorar por lo perdido, difícil es cuidarlo para no perderlo.

Se tolerante el otro vive una lucha tan importante como la tuya.

Cuando una persona camina de manera extraña, metiendo un pie hacia dentro, o encorvado, o agarrándose, es porque hay otra parte del cuerpo que le obliga y le duele. De la misma forma nos pasa en nuestra vida, cuando actuamos de una manera “rara” ante los ojos de los demás, es porque hay algo dentro que nos obliga, que nos duele.

Lo dicho, ¿pero quién soy yo para...?

